EL TEATRO,

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL HIJO DE LAS SELVAS,

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

ARREGLADO DEL ITALIANO

POR

DON MANUEL GODINO.

MADRID.
OFICINA, PEZ, 40, 2.º
1873.

EL HIJO DE LAS SELVAS,

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

ARREGLADO DEL ITALIANO

POR

DON MANUEL GODINO.

Representado por primera vez, con extraordinario éxito, en el Teatro del Circo el 3 de Enero de 1873, á beneficio del primer actor

D. PEDRO DELGADO.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
PERSONAJES GRIEGOS.	
PARTÉNIA	D.ª Gertrudis Castro.
ATEA	Emilia Dansan.
MIRON	D. Francisco Oltra.
POLIDORO	Mariano Fernandez.
EL ARCONTE	Manuel Pastrana.
ELPENORE	Cipriano Martinez.
ADRASTO	Pascual Caballero.
LICON	N. N.
UN HERALDO	Enrique Martinez.
PERSONAJES TECTÓSAGOS.	
INGOMARO	D. Pedro Delgado.
ALASTORE	Manuel Calvo.
AMBÍBARO	Julian Romea.
NOVIO	Julian Castro.
TRINOBANTE	Casimiro Leon.
SAMO	J. Viñas.

Acompañamiento de ambos pueblos.

ACTO PRIMERO.

Plaza del mercado de Masalia. Á la derecha la casa de Miron.

ESCENA PRIMERA.

ATEA, sentada á la puerta de su casa y PARTÉNIA á su lado con un huso, una rueca, y á sus piés una canastilla llena de lino.

ATEA. Vamos, hija mia, reflexiona bien lo que te digo. Polidoro es un hombre notable, y aunque algo viejo, es muy rico, muy estimado y pretende tu mano.

PART. (Levantándose.) Se pone el sol; ya hemos trabajado bastante. Voy á la Roca, voy á la vecina fiesta y á volver con nuestros amigos.

ATEA. Quédate aquí. Lo quiero. Tu obligacion es oirme. Qué desgraciada soy! Ya es tiempo de que des al olvido los juegos y las tonterías y de que escuches con formalidad mis palabras.

PART. (Sentándose.) Ya escucho, madre.

ATEA. Siempre dices lo mismo, y cuando yo hablo y grito y me desespero, tú pareces abstraida, tu imaginacion va por montes y valles llena de ilusiones, como si fueras una niña. No, hija mia, ya es tiempo de reflexionar. En la primavera de la vida se ha de pensar en el otoño.

Mira que la juventud desaparece muy pronto y el porvenir es una vejez solitaria que sirve de mofa á los demas. Esa será tu suerte si no escuchas mis consejos.

PART. Sí, sí, los escucho.

ATEA. Pero no los sigues. Qué echas de ménos en Polidoro?

PART. Polidoro!... Un usurero, un egoista, un viejo tonto y ridículo!

ATEA. (Levantándose furiosa mientras Parténia permanece sentada.) Está bien, está bien! cúlpate á tí sola. Crees que una suerte milagrosa te va á favorecer? Te imaginas que eres bella, con talento y rica ademas?...

PART. (Levantándose.) Yo soy jóven, estoy contenta y vivo feliz. (Abrazando á su madre.) Y despues de todo, no es verdad que mis padres me aman?... pues qué me falta?...

ATEA. Amarte!... Sí, juro por los cielos que te amamos á pesar de lo poco que lo mereces. No, no me abraces. Estoy furiosa! Vete, tú sí que no amas á tus padres, porque no les obedeces. Esperas acaso que te caiga un esposo de la luna?

PART. Lo que yo espero, madre mia, te lo diré. Á pesar de que yo era muy niña, no he podido olvidar lo que me contaste sobre los amores de Hero y de Leandro. Despues te oí definir lo que es el amor, y me enseñaste sonriendo cómo nace y crece y se desarrolla y se esparce por nuestro ser y lo ilumina; cómo late nuestro corazon, que parece que va á salirse del pecho á la vista del objeto amado. Así me lo describiste y así lo he retenido en mi memoria. Y cuando vinieron Medone y Evandro á pedirme por esposa, puse furtivamente la mano en mi corazon para ver si latia... y mi corazon permaneció tranquilo. Lo que yo espero, madre, para ser esposa de alguno, es que aparezcan las señales de lo que tû misma me enseñaste.

ATEA. (Qué escucho! Y he sido yo...) Vaya, vaya: déjate de tonterías. Eso que te decía eran cuentos de niña para adormecerte. No pienses más en ello. Vuelve en tí y no dejes escapar esta ocasion. Polidoro... tan rico, tan

honrado!

PART. Honrado! Y no ha consentido en aliviar á mi pobre padre: es un egoista.

ATEA. Qué sabes tú? Es un buen hombre, y cuando tú seas su mujer, tú le harás cambiar. Vamos, hija mia, consiente sólo por amor á tus padres; consiente, hija mia.

PART. Querida madre, escúchame. Yo deseo moderar la imaginacion y obedecerte como hija bien nacida y educada; pero de él, de ese Polidoro no me hableis, no quiero; no puedo casarme con él.

ATEA. No? concluye.

PART. Te enfadas conmigo? No me atiendes porque te digo lo que siento?

ATEA Yo tambien te lo diré. Tu padre y yo envejecemos sin esperanza de descanso. El poco campo que tenemos y esta casa, los debemos. Tu padre es un pobre armero que por el dia trabaja en el campo y por la noche martillea en la fragua; y cuando termina sus afanes, tiene que marchar á los paises vecinos, como le sucede ahora, para ofrecer sus mercancías á los compradores.

PART. Pobre padre!

ATEA. En verdad que es digno de lástima! Yo soy aún más miserable que él, pues estando en casa le ayudo en su trabajo, y cuando sale, va mi corazon acompañándole por los montes. Yo siento el ardor que abrasa su encanecida cabeza; siento el frio y la escarcha que caen sobre él; tiemblo, ademas, pensando que los crueles tectósagos pueden sorprenderle, despojarle y asesinarle tambien. Entónces me asalta la desesperacion. Y tú, tú, á quien tu padre ama como á la luz de sus ojos, que por tí expone su vida, á quien podrias borrar todas las penas y enjugar las lágrimas; que podrias hacernos felices y serlo tambien, tú no lo quieres... Hija ingrata! Sí, sí, ingrata; lo sabia y deseaba decírtelo (Entra en la casa.)

ESCENA II.

PARTÉNIA.

Ingrata? No! Los dioses saben que no lo soy. Y es por mí por quien mi buen padre consume su vida en el trabajo? Por mí por quien camina dia y noche expuesto á las privaciones y á la muerte?... Oh, no, no trabajará más. Quiero desmentir á mi madre; quiero... pero qué? He de casarme con aquel mercader? Oh!... Eso seria más que morir, seria enterrarme viva; pero cómo podré dulcificar los tormentos del pobre viejo? Alguien viene. Polidoro! (Va á marcharse.) Pero no, tendré valor para hablarle. Si ha de traficar con mi felicidad, procuraré al ménos escatimarle el precio. Qué orgulloso viene con su fortuna! Y habré de ser su esposa?... La sangre se me hiela al pensarlo.

ESCENA III.

PARTÉNIA, POLIDORO.

POLID. (Sin reparar en Parténia.) Yo no puedo seguir así; ese imbécil esclavo me arruina; y aunque quisiera economizar, no me es posible estar en todo. Sin mujer, yo no puedo vivir.

PART. Qué cara! En qué vendrá pensando?

POLID. Pero qué mujer podrá reemplazar á mi difunta Callinnia? Qué alma tan fiel! Cómo sabia economizar! (Viendo á Parténia.) La hija del armero!... Debe ser de buen augurio este encnentro. Y quién sabe?... Su semblunte revela que es muy económica. Ademas que todos lo aseguran. Y es bonita! Creo que voy á hacer un buen negocio. Vamos.—Buen dia, niña bella, buen dia.

PART. Se pone el sol... querreis decir, buenas tardes.

POLID. Donde alumbran tus hermosos ojos siempre es de dia.

PART. Dejemos las lisonjas y hablemos con formalidad si es cierto lo que has dicho á mi madre: que te quieres ca-

sar conmigo.

POLID. (Ap.) (Oh, cómo entra en el asunto! No puede contener su impaciencia.) (Alto.) Yo te diré, querida... He pensado...

PART. Así me lo ha dicho mi madre, y me extraña que hayas olvidado tan pronto á tu difunta Callinnia.

POLID. Cómo olvidarla! Imposible! Era una mujer de mucho valor: pero algunas consideraciones poderosas me obligan á casarme. Lo primero de todo por mi hijo. Pobre huérfano! Es decir, pobre no, no soy muy pobre; pero soy emprendedor y atrevido. Los amigos me dicen que llegaré á tener la fama de Mileto. Para esto es preciso ahorrar mucho dinero, sacrificarse mucho.... y tú que eres tan mansa....

PART. Mansa! sí, como el corderillo que traen á la plaza.

POLID. Ya ves, mis negocios me alejan del hogar. Ya me llaman al mercado, ya al muelle. ¿Y quieres tú que un esclavo me guarde la casa y cuide con fidelidad de las mercancías y se informe de mis asuntos?... Imposible! Hay secretos que sólo pueden confiarse á una esposa... á una esposa cuidadosa, arreglada... en suma, yo tengo ya alguna edad, es decir... no mucha, porque me siento jóven, muy jóven, desde la punta del cabello hasta los piés. No lo dudes; pero yo no quiero que la vejez me sorprenda, que empiece á sentir malestar... y entónces... quién me cuidará? Quién me tendrá mi habitacion calentita y preparada? Quién me escogerá las yerbas para las bebidas? Quién, sino una esposa cariñosa y mansa.

PART. (Me falta el valor!)

POLID. Pero escucha, hermosa Parténia, aún hay una razon más poderosa... créelo... que brilla en tus ojos... florece en tu cuerpo... sí, sí; créelo!

PART. Prescinde de esa razon y escucha bien lo que voy á decirte. Tú sabes que mi padre cultiva el campo, trabaja en la fragua, lleva el carro de sus mercancías á lejanos compradores, que es muy viejo y necesita des-

canso. Dime, pues, tendrás consideracion con él cuando yo sea tu esposa?

POLID. Vaya!... Pues no?... Seguramente; pero... se entiende... sí, le consideraré como se merece.

PART. Pues explícame de qué modo. Qué harás tú por mi padre?

POLID. Qué haré? Vaya una pregunta! Qué haré? Yo no tengo la costumbre de jactarme; pero te aseguro que haré más de lo que él pueda desear. En primer lugar será el suegro de Polidoro, del rico Polidoro!... de un hombre que desciende de los dioses. Eh?... Qué te parece este honor!... De los dioses inmortales, hija mia!...

PART. No lo dudo; pero el honor no da de comer.

POLID. Podré ademas comprarle sus mercancías á buen precio.

PART. Á un precío ventajoso para tí, no es cierto?

POLID. Y despues... piénsalo bien, te tomaré sin dote, sin ningun dote, absolutamente sin ningun dote; te tomaré como estás ahora, querida mia. Qué me dices?

PART. Y en verdad, todo eso es lo que harás por mi padre? Todo eso?...

POLID. Y no te satisface? Á fe mia que es mucho! Me parece demasiado!

PART. Sí, por los cielos que es demasiado!—Pásalo bien.

POLID. No, no, espera. No debes irte sin darme ántes una respuesta.

PART. Pues bien, puesto que así lo quieres... óyela: provéete de un preceptor, aunque te cueste mucho dinero, para que eduque á tu hijo. Asegura bien con cerraduras toda tu casa, y cuando estés enfermo pregunta por el hervorista que vende yerbas saludables. Prepárate tú el alimento y las bebidas. De mí no vuelvas á acordarte, porque te aseguro que la tierra no produce yerba más amarga para mí que tu afecto. Ya sabes mi respuesta... y basta.

ESCENA IV.

POLIDORO.

Cómo? Qué?... He escuchado bien? Me desprecia... Al rico Polidoro!... La hija de un pobre armero despreciar al descendiente de los dioses inmortales!! No me quiere y me lo dice con la misma frescura que se lo diría á un mendigo! Y hace burla de mí! Yerba amarga mi afecto!... pues bien, sea. Amarga haré yo la vida á ella y á toda su mísera raza. Que el viejo loco de su padre trabaje y sude por su hija: ni una sola hoja he de comprarle y voy á recoger todas sus deudas y á citarle y á obligarle á huir de su casa y de la ciudad. Sí, sí, lo quiero; aunque me costase mi última moneda, no he de parar hasta que haya labrado su desgracia. (Se pasea agitado por la escena.)

ESCENA V.

DICHO, ADRASTO, ELPENORE y LICON, entrando apresuradamente, y á poco ATEA.

ADR. Pero eso es cierto?

LICON. Yo lo he visto con mis propios ojos.

ELPEN. Qué desgracia!

ADR. Y no pudiste socorrerle?

LICON. Cómo?...

ATEA. (Hablando al salir con su hija.) Bien, bien, hija ingrata. Yo buscaré á Polidoro y le calmaré.

ADR. Eh, Polidoro amigo! ven.

ATEA. Aquí está.

POLID. (Acercándose.) Qué ocurre?

ADR. La mayor de las desgracias! Oye lo que dice este hombre que llega de ver á nuestro viejo armero preso y conducido por los salvajes tectósagos.

ATEA. (Dando un grito y lanzándose en medio de ellos.) Qué!! un armero anciano... Y quién es ese armero?

LICON. (Despues de una pausa á los otros que han bajado la cabeza.) Es esta la mujer de Miron?

ATEA. La mujer de Miron? Justos dioses! Será Miron? No, no, pero estais mudos?... Hablad, decidme que no es Miron!... Hablad! (Todos vuelven á bajar la cabeza, y ella corre hácia su casa llamando á su hija, pero junto á la misma puerta queda casi sin sentido.) Parténia!... Cielos!...

ADR. Se desmaya!

ELPEN. Socorrámosla.

ADR. Polidoro, acude!...

POLID. (Alejándose.) Voy. (Elpenore y Adrasto han entrado á Atea con la mayor rapidez.) Esto se prepara bien. La vieja ya ha caido. Ahora veremos la jóven. (Dirigiéndose á Licon.) De manera que tú lo viste?

LICON. Oh, sí! y no puedo olvidarme de aquellos hombres feroces.

ESCENA VI.

POLIDORO, LICON, ADRASTO, ELPENORE y PARTÉNIA, que sale de la casa en la mayor agitacion y se dirige á Licon.

PART. Eres tú quien ha traido ese funesto mensaje? Eres tú? Habla! Tú lo has visto?

CON. Sucedió á poca distancia de mí.

PART. Y huiste, miéntras que ellos...

LICON. Yo estaba solo y no me atreví á salir de mi escondite hasta que se hallaron lejos. Entónces traté de huir; pero el viejo que me divisó, me gritaba suplicante: «Soy Miron el armero! Por los eternos dioses! Vé, corre á Masalia y dí que me rescaten.» Despues uno de aquellos salvajes añadió: «Vuela y dí que manden treinta onzas de plata, si quieren rescatarlo, que bien las vale un armero.» Y yo corria siempre miéntras que ellos se dirigian hácia la montaña.

PART. Prisionero mi viejo padre!... Y dices que se dirigian á la montaña?... Y por su rescate piden.... Oh!... casi toda nuestra pequeña hacienda la debemos; pero nos

queda la proteccion de los amigos.

POLID. Mejor seria la plata!

PART. Elpenore, Adrasto! Vosotros le socorrereis. Vosotros dividísteis con él las alegrías de la infancia y los cuidados de la vejez... Sí, sí, le salvareis porque sois ricos; porque sois buenos. Hablad, consentís! No le prestareis el precio del rescate?

ADR. Yo! Piensas tú que... treinta onzas! Pluguiera al destino que hubiera ahorrado tanto para mis hijos!

ELPEN. Todo cuanto yo poseo lo tengo en el mar... y quién se fia de las olas? Quién me asegura que ahora mismo no esté yo arruinado?

POLID. (Que está algo separado.) Qué buenos amigos!

PART. Tened piedad, y los dioses la tendrán de vosotros algun dia. Así la nave tuya llegue á puerto de salvacion!... Así tus hijos no sufran jamás el peso de la esclavitud! Salvad á mi padre; su desgracia y mi ruego os conmoverán.

ADR. Cuánto lo siento!... pero ahora... no me es posible...

PART. Justos cielos!

ELPEN. Nuestra situacion nos lo impide.

PART. Oh! La amistad!! cuentos de niños!

HER. (Dentro.) Despejad el camino. El Arconte.

PART. Ah, qué rayo de esperanza! Qué puedo esperar de vosotros? Masalia, Masalia misma socorrerá á su hijo.

ESCENA VII.

EL HERALDO precede al ARCONTE que entra con su séquito.

HER. El Arconte!

PART. (Arrodillándose á los piés del Arconte.) Socorro! favor.

ARC. Qué me pides? Qué quieres?

PART. Mi padre! salva á mi padre! No hay ciudadano mejor que él en Masalia! Rescátalo de los feroces tectósagos, que le tienen prisionero.

ARC. Es posible? Infeliz! le compadezco en verdad; pero librarlo...

PART. Vé á la pelea! Convoca á las armas á los ciudadanos; á las armas forjadas por él! Son de fino acero. Oh! Corred! Se trata de la salvacion de un hermano, de un hijo de Masalia; cercad, cercad á los atroces salvajes y volvedlo á su libre país.

ARC. Es imposible! Existe una antigua ley desde la fundacion de Masalia, cuando sus tutelares debian la existencia á esos feroces habitantes de la selva. Esta ley dice que más allá de los confines de la ciudad no debe Masalia proteger á sus ciudadanos, á ménos que una causa privada pueda acarrear perjuicio á la prosperidad del pueblo; y habiendo tu padre traspasado esos confines...

PART. Pero tú eres poderoso y te pido piedad... piedad no, justicia! No está Masalia asentada sobre sólidos cimientos? No domina ahora su cetro mucho más allá de los límites antiguos? Entónces su poderío... Esas son leyes que los tutelares y ciudadanos hicieron por extraña violencia. Un hijo de Masalia está prisionero! Líbralo, Arconte de Masalia.

ARC. Tú pides un imposible. Quién quita una sola piedra de la base del edificio? Esto destruiría el edificio entero. No puedo complacerte.

PART. Qué haría para persuadirle? Misericordia!

ARC. La misericordia es atributo de los dioses. Deber de los magistrados es la observancia de la justicia y siempre lo cumpliremos.

PART. Desgraciada de mí! (Se cubre el rostro con las manos.)

HER. Despejad el camino al Arconte. (Vánse todos ménos Polidoro. Anochece y al final del acto oscuro.)

ESCENA VIII.

PARTÉNIA, POLIDORO.

POLID. (Con la mayor alegría.) «No puedo complacerte», dijo. Qué grande hombre es el Arconte! Le hubiera abrazado de buena gana.

PART. Estoy sola! Abandonada de todos! No hay un ser que me ampare, no hay un brazo que me sostenga. Necesito socorro... y dónde encontrarlo?

POLID. (Que se va acercando lentamente.) Esto es más de lo que yo quería.

PART. Favorecedme, dioses y sostened mi razon, que empieza á abandonarme. (Viendo á Polidoro y corriendo á sus piés.) Ah! ten piedad!...

POLID. Cómo? tú á mis piés?

PART. Escucha... Perdóname! Rescata á mi padre y te serviré como una esclava.

POLID. Qué me dices?

PART. Te guardaré la casa y la labranza; tendré cuidado de tu vejez y de tu hijo...

POLID. Por Baco!... Es cierto?... Harás todo eso?

PART. Y más aún si ahora mismo me juras que salvarás á mi padre.

POLID. Por treinta onzas de plata! sería algo caro!... Mira, yo soy un hombre que atiende los buenos consejos y quiero reunir ese dinero para mantener un preceptor, para comprar cerraduras y hacerme una buena provision de yerbas; y tú, hija mia, rescata á tu padre como puedas. Cuenta con la proteccion de tus excelentes amigos... y buen provecho te haga. Já, já, já! (Váse por la derecha.)

ESCENA IX.

PARTÉNIA.

Anda, hombre infernal! gózate en tu trinnfo y en la desesperacion de mi alma! Pero no, este nuevo ultraje regenera mi ser y me infunde una decision poderosa. Yo romperé las cadenas de mi padre. Qué me importan los hombres si el cielo me anima y me protege! Los apresurados latidos de mi corazon anuncian mi ventura. Sí, sí, corramos. Oh noche, compañera del infortunio,

que tus sombras favorezcan mis pasos. Dioses inmortales, sostened mi aliento y mi valor! Padre mio, si tu hija no puede librarte, á lo ménos morirá contigo. (Váse aceleradamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Selva frondosa. Sendero á la izquierda, lanzas, escudos y yelmos sujetos en los árboles, vasos, jarros, copas y cántaros esparcidos por la escena.

ESCENA PRIMERA.

INGOMARO, durmiendo bajo un árbol en el cual está su lanza y escudo. Miron sentado junto á él. AMBÍBARO, NOVIO y TRINOBANTE sentados á la derecha en un banco de piedra jugando á los dados. Otros TECTÓSAGOS esparcidos por la escena durmiendo bajo los árboles. Todos están vestidos de pieles con las piernas y brazos desnudos.

AMBIB. Mia es la apuesta. He sacado un ocho de más.

TRINOB. Mal rayo! eres muy afortunado.

NOVIO. Mira, ahora me toca á mí.

AMBIB. Y qué pones tú?

NOVIO. Una piel curtida al viento y seca.

AMBIB. Está bien. La juego contra dos pellejos sin curtir.

MIRON. Qué juegos tan soeces! Un hombre libre, un ciudadano de Masalia, esclavo de estos salvajes.

INGOM. (Soñando.) Seguidle, prendedle.

NOVIO. (Á Miron.) Esclavo, dame de beber.

AMBIB. He ganado.

TRINOB. (Señalando los dados.) Diez y ocho.

NOVIO. Maldito seas! (Á Miron.) Miserable! No te he pedido de

beber? Venga pronto.

MIRON. (Llevándole un cantarillo.) Tomad.

AMBIB. Y tú, Trinobante, no tienes más que jugar?

TRINOB. No tengo más que mi hacha.

AMBIB. Gran pieza! contra mi lanza y mi escudo. Qué dices?

TRINOB. Corriente.

MIRON. (Retirando el cántaro.) Oh! si fuera veneno con qué gusto lo tomaría! Pero no... pienso en Adrasto y Elpenore, que son mis buenos amigos y no me abandonarán. Oh dioses eternos! haced que vuelva á mí pais natal; que yo muera el lado de mi mujer y de mi bendita hija.

INGOM. Matadlos, destrozarlos. (Despertándose.) Cómo? Qué? fué un sueño?... Qué lástima!... una batalla tan hermosa!! cuánta presa!! y todo ha desaparecido? (Levantándose.) Cómo tarda Alastore.

TRINOB. He perdido otra vez; basta por hoy.

AMBIB. Vamos, Novio. Te juego tu última esclava.

NOVIO. Sea! contra la espada de ese viejo tonto!

MIRON. Mi espada!... Mi hermosa espada! Oh, si la hoja pudiera clavarse en su corazon!...

INGOM. (Á los que duermen.) Arriba!... Vamos!... Despertaos... Así duermen los muertos!! (Á Samo.) Álzate pronto.

SAMO. (Despertándose.) Es hora ya de cenar?...

INGOM. Ya es hora de recoger el ganado. Arriba todos. Maldito vuestro sueño. Andad!... (Samo y los que dormian se alejan por diferentes sitios.)

AMBIB. Yo te digo que mi tirada es mejor.

NOVIO. Por Baco! Mejor fué la mia.

AMBIB. Mientes, miserable! tú has perdido!

NOVIO. Eres un embustero.

AMBIB. Qué dices?

NOVIO. (Cogiendo el hacha.) Pobre de tí!

MIRON. Comeos, devoraos!

INGOM. (Acercándose.) Qué es eso?

NOVIO. Ambicioso! Asesino!

INGOM. Ya basta!

AMBIB. Acércate!

INGOM. Basta os digo. Me habeis escogido por vuestro jefe: obedeced y silencio; lo quiero!

NOVIO. Es un cobarde!

AMBIB. (Blandiendo el hacha.) Ó su sangre ó la mia!!

INGOM. (Furiosamente.) Separaos! Si hablais una sola palabra, por el dios del trueno! os despedazo á los dos. (Pausa. Ambíbaro y Novio retroceden.) Idos! Tú, Novio, sube á la roca, y mira si llega Alastore. Y tú, emplea tu hacha en cortar ramas para aviar la cena.

AMBIB. (Por qué no he de ser yo el jefe? Cuándo me vengaré de este hombre?)

INGOM. Qué murmuras? No habeis oido...

AMBIB. (Entre dientes.) Algun dia verás cómo no me olvido de tí. (Se van por distintos lados.)

ESCENA II.

INGOMARO, MIRON.

INGOM. (Siguiéndole con la vista.) Y se atreve á amenazarme? Anda, necio, orgulloso. Su rabia se pierde en el espacio. Mísero! Oye, esclavo, acércate. (Se sienta en el banco donde jugaban á los dados.) Cuéntame alguna cosa para entretener el tiempo.

MIRON. Yo!

INGOM. Tú, sí; pero primero dime cómo te llamas.

MIRON. (Temblando.) Yo... Miron, señor.

INGOM. (Remedándole.) Yo... Miron, señor. Estás temblando como un idiota. Qué te sucede? Acaso te han castigado mientras yo dormia?

MIRON. Castigarme! No lo permitan los cielos!

INGOM. No? Pues entónces por qué tiemblas así? Qué más quieres?... tienes comida y bebida en abundancia. De noche puedes echarte sobre la yerba, y cuándo lleguemos al pais, te haremos una fragua, y podrás trabajar y vivir segun tu costumbre.

MIRON. Y en nada estimais el estar privado de la libertad?

INGOM. La libertad!... En verdad que me haces reir... Y eras tú libre cuando te cogimos? Ignoras todavía que no hay libertad en la vejez? De jóven, sí, puede haberla. La libertad es la fuerza.

MIRON. Entónces... si ya soy inútil, quién tendrá cuidado de mí?

INGOM. Cuidado!... como si hubiera alguna yerba medicinal para la vejez!... contra ese mal no tenemos remedio. Cuando alguno de nosotros llega á viejo y enferma... entónces, sí, que gusta de la soledad; se tiende bajo un árbol y espera á que le llamen los dioses.

MIRON. Y vosotros jóvenes, fuertes y robustos, los dejais morir de hambre!... El hijo no impide que el padre...

INGOM. Y para qué sufrir el tormento de ver la alegría que le rodea? La vida consiste sólo en el vigor; cuando éste huye no queda más que un mango sin hoja, un arco sin flechas... y es mejor abandonarla.

MIRON. Qué horror! Luego yo mismo...

INGOM. No digo esto por tí. Tú eres esclavo, y tu destino depende de tu dueño. Puede que la suerte te guarde para sacrificarte á los dioses, y entónces en la divina piedra te inmolará el hacha.

MIRON. Qué oigo! oh dioses! Piedad de mí!

INGOM. Si creerá que el mundo no puede existir sin él?

MIRON. Oh dioses benévolos!... Compadeceos de mí! Por qué atravesé los confines de Masalia?

INGOM. Bellaco! Cobarde! No me rompas la cabeza con tus lamentos!

MIRON. (Retrocediendo.) Ya callo.

INGOM. Pero qué digo?... si no es hombre, si es un esclavo!

MIRON. Señor...

INGOM. Ven aquí... Desecha el temor... sé razonable y si fabricas buenas hojas á nuestro gusto y obedeces en todo, estarás contento á nuestro lado.

MIRON. Contento!

INGOM. Necio!... Amas tanto la vida y deseas la libertad, cuando tú jamás las conociste?... Á nuestro lado está la li-

bertad. Está en la inmensidad del cielo, en el silencio de la selva, en el ruido de las olas. Sabeis vosotros lo que es la vida? Nosotros con nuestra energía la gozamos en todas partes; no nos cuidamos del hoy y no pensamos en mañana: pasamos las horas en los ardores de la caza, los banquetes, la selva y los peligros. Esto es vivir! Estos son los placeres que hacen circular la sangre en las venas y palpitar el corazon; pero vosotros, encerrados en los muros de una ciudad no conoceis más que el aburrimiento y el fastidio.

MIRON. (Muy conmovido.) Pero yo he nacido dentro de esos muros, allí es donde mora la justicia, la ley, y allí residen mi fiel esposa y mi adorada hija, que son los únicos bienes que poseo en la tierra... Es decir, los que yo poseía...

INGOM. Lágrimas ahora? Miserable!... Llorar por las mujeres... y tú te llamas hombre? Las mujeres!... una raza inútil y viciosa, nacida para servir. Todo en ellas es mezquino; se untan el cabello para agradar, se miran al riachuelo para rendir, y finalmente se arreglan y engalanan para hacer su capricho. Oh, si yo hubiera formado el mundo no hubiera creado ni una sola mujer! Y tú te atreves á llorar por ellas? Vete de aquí.

MIRON. Escuchad, señor! Si ayer hubiérais sido un hombre libre, y hoy, como yo, fuérais un miserable esclavo...

INGOM. Esclavo!... Yo! Quién podría obligarme en el mundo? (Se oye un ruido de caracol.) Silencio. Esta es la señal de Alastore.

ESCENA III.

DICHOS y ALASTORE, seguido de otros TECTÓSAGOS.

INGOM. Ah, por fin eres tú?

ALAST. Yo soy. Mejor hubiera sido seguir donde estábamos; traigo las manos vacías.

INGOM. Tanto peor si nada has hecho.

ALAST. Nada he traido, pero me acompaña una jóven, muy

bella por cierto.

AMBIB. Qué, una mujer digiste?

NGOM. Eso no vale tu trabajo.

AMBIB. Y cómo cogiste esa presa?

ALAST. Ella misma se entregó! Estábamos nosotros espiando, cuando sentimos pasos. Eran de esos que no se cuidan del sol ardiente, ni del peligro de los desfiladeros. Nos precipitamos fuera de la maleza. Un muchacho que guiaba, huyó, pero la jóven quedó parada, y alzando la cabeza y las manos como si quisiera mandar, «estaos quietos», gritó: «sois Tectósagos? Vengo á buscaros.»

AMBIB. Dices verdad? Qué jóven es esa?

NOVIO. Y qué hicísteis vosotros?

ALAST. Nosotros? Reirnos. Yo la dije: Ah, tú nos buscas, bella jóven. Pues entónces eres nuestra presa: pero ella se escapó violentamente de nuestro lado, y con acento seguro exclamó: «No, yo no soy vuestra presa, yo traigo el rescate para el prisionero; soy libre, ya os sigo.»

MIRON. El rescate para el prisionero!

INGOM. Y dijo bien. Es libre la chica porque trae el rescate.

ALAST. Y al momento nos pusimos en camino. Aunque la jornada era larga, ella caminaba siempre presurosa y solícita sin darnos un instante de reposo y llenándonos de admiracion.

AMBIB. Bien! Me agrada el valor de esa muchacha.

INGOM. Y cuál es el prisionero que quiere rescatar?

ALAST. Uno de Masalia, Miron el armero.

MIRON. Dioses benévolos!

INGOM. Tú! Conque no eres una cosa tan vil para no hallar un comprador?

MIRON. Libre!! Volver á ver la patria! Pero esa doncella, decid, es esbelta y afable, tiene los ojos negros como el ébano y la voz del ruiseñor? oh, decídmelo, no puede ser otra que mi hija.

ALAST. Mírala tú mismo.

ESCENA IV.

DICHOS y PARTÉNIA.

MIRON. Parténia!... Hija mia!! Bendita seas!... Eres tú, no es verdad? Sí, veo tus ojos que me consuelan, oh, felicidad suprema! oh, maravilla!... Los cielos te bendigan, noble criatura!... (Llorando.)

PART. Padre mio!

INGOM. Pues no llora otra vez! Por el dios del trueno, parece un loco!

ALAST. Basta ya de lloriqueos. No querias ver á nuestro jefe?... Hélo ahí; qué quieres de él?

PART. (Arrodillándose ante Ingomaro.) Vengo á pedirte, señor, la libertad de mi viejo padre. Él es nuestro amparo, nuestro sosten, nuestra vida! De qué os puede servir á vosotros? Así los dioses inmortales protejan vuestro destino! Piedad para el pobre anciano! (Movimiento en todos.)

NOVIO. Darlo! Qué?

ALAST. Toma!... Y á eso llamas tú rescate?

AMBIB. Qué dice? un regalo!... está loca!

INGOM. Tu padre es esclavo de todos nosotros. Si me perteneciera á mí solo, te lo daría por verme libre de semejante embeleco; pero yo no puedo dar lo que no es enteramente mio. Así pues, no esperes convencerme con tus halagos, porque aquí las súplicas no bastan.

PART. (Alzándose con ímpetu.) Pues basta de súplicas. Los dioses me inspiran y me inclino á su voluntad. Os ofrezco el rescate.

INGOM. Y qué nos ofreces tú?

PART. Yo misma.

INGOM. Tú misma?

PART. La juventud por la vejez; la salud y el rigor por la debilidad. Esto es lo que yo os ofrezco. Aceptais? pués dejadlo libre. (Movimiento en todos.)

INGOM. Tu padre es viejo; pero sabe fabrícar armas, se le puede utilizar en eso; pero tú... una mujer... para qué sir-

ves?...

PART. Ya verás tú si valgo yo para el trabajo. Sé preparar la tela, arreglar vestidos, tejer guirnaldas y llamar dulcemente el sueño por medio de lindas canciones. Sirvo para las faenas de esclava y tengo siempre un genio alegre y bullicioso.

INGOM. Mejor serías tú que ese viejo cobarde y gruñon.

PART. Sí, sí, consentid y no os arrepentireis del cambio.

MIRON. Imposible! Delira... No la oigais.

INGOM. Cállate tú, majadero. Hablemos nosotros. Qué os parece?... decid... (Se retira al fondo á tratar con los demas.)

MIRON. Qué has hecho, infeliz!... Jamás consentiré en tan grande sacrificio!... Recurriremos á Polidoro, á los amigos.

PART. Ay padre mio! dónde está la amistad sobre la tierra? Todos me han vuelto la espalda.

MIRON. Pero el magistrado de Masalia, el Arconte...

PART. Le he hallado sordo á mis lágrimas, á mi desesperacion. Solo yo puedo ayudarte á romper tus cadenas.

MIRON. Ay! Ojalá no hubiera visto la luz del dia!

INGOM. Os digo que la dejeis marchar. De esa raza de mujeres, tenemos de sobra en el país. El viejo al ménos sirve...

NOVIO. Pero el dia menos pensado se nos muere, mientras que la jóven puede ser esclava nuestra por muchos años.

AMBIB. Dejar escapar una presa tan bonita!... No, no, mejor es que se vaya el viejo.

INGOM. Habeis perdido el juicio?

PART. Piensa en mi madre y déjame quedar.

MIRON. Ya pienso en ella y por ésa razon no puedo sacrificarte, abandonarte á la ignominia, á la perdicion.

PART. (Enseñándole un puñal que lleva escondido.) No estoy sola: tranquilízate. Digna de mis padres sabré vivir y morir.

MIRON. Dioses de la misericordia, salvadla!

INGOM. Si así lo acordais... sea. Oye, jóven. Se cumplen tus deseos; te aceptamos como rescate. Si vuelve con las treinta onzas de plata, libres sereis los dos.

PART. Oh gracias!

MIRON. No, no, jamás. Yo no lo quiero.

INGOM. Y qué nos importa á nosotros tu necedad?... Nosotros queremos que tú te vayas y que se quede ella. Lo has oido?

PART. Vete, padre mio!... Tú volverás y me salvarás. No excites más su enojo.

INGOM. Aún estás aquí? Hola, amigos, enseñadle el camino.

AMBIB. Vamos con él.

PART. No le maltrateis!

NOVIO. Vete, viejo embelcco.

AMBIB. Danos ese gusto.

MIRON. Para vuestra perdicion!!

ALAST. Nos amenaza?...

TODOS. Á él.

PART. Oh!!

INGOM. No maltratarle. Pon en juego tus piernas, viejo estúpido.

AMBIB. Acabemos de una vez.

TODOS. (Rodeándole y empujándole.) Fuera!... Fuera!...

MIRON. (Ya adentro.) Hija!!...

PART. Padre!!... Oh!... Ya quizás no volveremos á vernos!... (Se cubre el rostro con las manos y permanece llorando. Ingomaro mira por donde han salido todos.)

ESCENA V.

PARTÉNIA, INGOMARO.

INGOM. Míra, mira cómo corre. Es un necio. Apuesto á que no se detiene hasta que pueda descansar sobre el pecho de su vieja. Qué cosa más extraña debe ser el tener miedo! Yo en mi vida lo he sentido, y por el cielo!... quisiera conocer sus efectos por una sola vez. En cambio nuestra jóven esclava... cómo! tambien tú lloras? Es esa la alegría de que te jactabas? Así cumples tu promesa?

PART. (Llorando.) No lo volveré á hacer!

INGOM. Por el rayo del cielo! de la ceniza hemos caido en el fuego! Por un viejo insensato, una mujer cobarde y llorona. Oh, me parece que basta ya de simplezas.

PART. En verdad que basta. No has de burlarte de mis lágrimas, que soy orgullosa; atestiguo con el cielo que no has de desmentirme. (*Con mucha energía.*) No quiero llorar mas!!

INGOM. Está bien: ésta al ménos hace gala de valor. Teme molestar y sabe vencerse. «No quiero llorar más...» Qué firmeza hay en su acento! seguro que cumple su palabra. (*Parténia coge un cántaro y trata de alejarse.*) Qué es eso, esclava? Adónde vas?

PART, Adónde? Al rio, á llenar este cántaro.

INGOM. En verdad que lo necesitamos. (*Váse Parténia.*) Pero ahora... Cómo? Ya se fué... Qué carácter tan enérgico! Me gusta el cambio. Sí, hemos ganado. (*Pequeña pausa.*) Aún no se pone el sol... aún es hora de cazar; pero no, será mejor que lo dejemos para mañana. En los preparativos de la cena acabará de ponerse el dia. Mañana veremos lo que los dioses disponen. (*Va al árbol y examina sus armas; vuelve Parténia trayendo el cántaro y un gran ramo de flores, se sienta en la roca, pone el cántaro á su lado y empieza á tejer una guirnalda. Ingomaro sin verla vuelve al proscenio.*) «Tomadme á mí como rescate!...» y levantaba la cabeza como si ofreciese oro!... y despues... despues... «No quiero llorar más.» Qué obstinada criatura! Pero esa decision me agrada. Si un caballo es ligero, me divierte. El ímpetu de la corriente, me encanta; y si el mar lanza sus olas sobre una frágil barquilla, es cosa majestuosa! El ocio es una carga insoportable. La lucha de la fuerza es para mí la vida... Oh, aquí está!... qué haces?

PART. Yo? tejer una guirnalda.

INGOM. Guirnalda?... (*Despues de una ligera pausa, fijándose en Parténia.*) (Se me figura que yo la he visto ántes de ahora. Habrá sido un sueño? Pero no; aquel hermanito mio que murió... mi querido hermano... seguro!...

Son sus cabellos, la misma voz!) Con que á eso llamais guirnálda? Y para qué la formas tú?

PART. Para adornar este cántaro.

INGOM. ¿Y con qué objeto?

PART. Entónces no es costumbre de tu país. Á nosotros nos agrada engalanar con flores las urnas y los sepulcros.

INGOM. Nosotros dejamos crecer la yedra, sube y se enlaza hasta lo infinito. Así, pues, déjalo estar y no te afanes por tu guirnalda. Tal juquete, para qué sirve?

PART. Que para qué sirve?... Todas las cosas tienen su valor, y las flores formando guirnaldas ostentan mejor sus olores, esparcen más su aroma y hacen más hermoso cualquier objeto. Observa tú mismo. (*Coloca la guirlanda sobre el cántaro*.)

INGOM. Por el rayo del sol! Me agrada tu trabajo! Cómo aparecen más lucientes sobre ese fondo oscuro! Cuando estemos en el país debes enseñar eso á nuestras mujeres.

PART. Oh, fácilmente lo haré. Y al poco tiempo la tuya tejerá guirnaldas como yo.

INGOM. La mia!... Qué estás diciendo?

PART. No tienes esposa?

INGOM. (*Dándose en la espada.*) Esta es mi esposa! El escudo mio, mi lanza, estas son mis esposas. Gaste quien quiera el fruto de su trabajo, comprando al padre su inútil hija, empeñando los buenos esclavos y las bestias, las armas y el botin, para arrepentirse al dia siguiente de una compra necia é infructuosa. Yo soy de otro parecer y compro mejor mercancía.

PART. Será posible? Oh dioses!

INGOM. Pero por qué hablas así? Por qué te maravillas?

PART. Cómo? Adquirir la esposa en cambio de esclavos, de bestias y oro! En cambio del vil oro! Pero justo cielo! entónces la mujer es una mercancía!

INGOM. Por qué te enfadas? Me parece que la mujer debe servir para todo; y entre nosotros, á fe que no serás tratada con mucho rigor.

PART. No?... Oh dueño clemente! Ah, si un dia pudiera yo

inspirar á vuestra esposa...

INGOM. Otra vez! Voy á creer que lo haces por agraviarme. Nosotros tenemos nuestras costumbres como vosotros las vuestras. Entónces parece que vosotros vivís libremente sin consultar la voluntad de vuestros padres.

PART. Consultamos á nuestros padres, pero siguiendo los impulsos del corazon, no nos entregamos al mejor postor, sino al que nos profesa amor verdadero.

INGOM. Amor! Como yo amo á mis compañeros de armas ó á algun amigo valeroso; pero casarse por amor... como tú dices... Amor! Qué cosa es esa!...

PART. Mi madre dice que es un afecto puro, ideal, profundo, un sublime sentimiento que agita á la naturaleza toda, que emana del cielo... pero yo no lo he experimentado.

INGOM. No? tú no me engañas?

PART. Es cierto. (Enseñándole la corona que está tejiendo.) Mira qué hermosa es!... pero aquí faltan rosas.

INGOM. Allí, sobre el cesped, resaltan como la púrpura.

PART. Allí? Sí, sí, qué rojo tan brillante! Oh, te lo ruego... cógemelas.

INGOM. (Va á hacerlo y se detiene.) Yo! Á tí?

PART. Sí, tráeme las más bellas y las más frescas.

INGOM. (Irguiéndose.) El amo servir á la esclava!... Y por qué no? La pobrecilla estará cansada.

PART. Pero cuánto tardas!

INGOM. Voy!... tendrás las más frescas y olorosas. (Váse.)

PART. Honrarán una guirnalda tan bella!... Pero á quién le servirá de adorno? Aquí no se usan los simulacros de nuestros dioses con que decoramos los templos. Aquí mi madre no la mirará risueña! Estoy sola y abandonada! pero no quiero llorar. Aunque tenga razon y deseo de verter lágrimas, no se dirá que me ha faltado el valor.

INGOM. (Aproximándose lentamente y abstraido.) Aquella pobre criatura, aquel querido hermano, cuando me pedia alguna fruta, ó una flor, ó un objeto cualquiera, como yo no se lo diera, me decia imperiosamente: «Dámelo,

lo quiero» y era preciso obedecer y dárselo. Esta se parece mucho á mi pequeño hermano. Toma, aquí tienes las flores.

PART. Gracías, te doy las gracias; pero mira! las has cogido muy cortas. (Tira algunas.)

INGOM. Espera, te traeré otras.

PART. No, no, hay algunas que me sirven. Gracias!

INGOM. Para recompensarme, cuéntame algo de tu país, y qué otras cosas te dice tu madre; cuéntame y me sentaré á tu lado.

PART. No, aquí no, que me marchitarás las flores.

INGOM. Bien está, me sentaré aquí, (Se sienta á sus piés.) cuéntame, cuéntame.

PART. Contarte? Pero qué te cuento?

INGOM. Cómo os amais vosotros y cómo se busca á la esposa, cómo viene el amor y cómo se va... explícame qué es el amor! Por nuestros dioses, que esa palabra se me figura un lago profundo y quisiera ver el fondo.

PART. Cómo viene el amor?... Rápidamente, se enciende en una sola mirada, como dice mi madre, y despues... oh, cógeme esa violeta. El amor nace y se desarrolla en la aurora de la vida; se alimenta de ensueños y de esperanzas; es lazo irresistible que sujeta á toda la creacion, es barquilla que conduce al cielo; florido sendero en el árido desierto, grano de oro en el arenal de la vida. Cuando los dioses nos alejen de este mundo, tendremos en el olimpo cuanto soñamos en la tierra y gozaremos del amor con placeres inmortales.

INGOM. No lo comprendo.

PART. El amor, dice mi madre, no se comprende, se siente! Me acuerdo algo de una vieja cancion, cuyas palabras creo que te lo explicarán mejor. No te diré más que algunas que se me han quedado en la mente. (Recita lentamente como tratando de acordarse.)

Oh dulce y cruel delirio,
quién eres?—Soy el amor!
El aroma de las flores,

la espléndida luz del sol,
el poder, la gloria, todo
lo que es grande y seductor,
dos almas en un suspiro..
la vida del corazon!
—Cómo se dilata el seno!...
El encanto de tu voz
excita en el alma mia,
tan extraña agitacion!...
tu presencia...

INGOM. Prosigue!

PART. No sé...

INGOM. (Con afan.) Acuérdate.

PART. Trato de hacerlo y no puedo... Otra vez será y entonces... Pero aquí me faltan rosas. Oh!... Mira cuántas hay allí!... Y qué hermosísimas son!... voy yo misma! (Se ha levantado dejando caer las flores, y la corona en manos de Ingomaro y desaparece vivamente.)

INGOM. (Despues de una breve pausa y sin cambiar de posicion, dice muy pensativo.)

Dos almas en un suspiro,
la vida del corazon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior, las armas de Ingomaro colgadas de un árbol.

ESCENA PRIMERA.

INGOMARO, muy pensativo y ALASTORE, paseando.

ALAST. Y hé aquí la razon por la cual mis compañeros me han obligado á que venga á tí, como nuestro jefe, para saber tu resolucion; si se volverá al país ó se...

INGOM. (Para sí.) Voy á decirla... pero no, no; creería que yo soy... no! La haré ver que estoy satisfecho de su celo y que...

ALAST. Parece que tú no me escuchas.

INGOM. Yo?... Ah!... qué quieres, Alastore... Conque tú vienes para anunciarme...

ALAST. No lo has oido?

INGOM. Ah!...

ALAST. Que ya es tiempo de que nuestro pueblo se vengue de los insultos recibidos, y desea una invasion al país de los alóbrogos.

INGOM. Cómo! Ya, sí, una invasion, y esto...

ALAST. Temen que tu distraccion nos haga faltar...

INGOM. Faltar!... Cuando yo soy vuestro jefe! Primero faltaría la luz al sol, que al peligro Ingomaro.

ALAST. Eso he dicho yo. Así, pues, cuándo ordenas dejar estos lugares?

INGOM. (Dejar estos lugares!... si me parece que yo no he estado en alguna otra parte... si yo creo que aquí he visto por primera vez la luz... si me parece que yo he nacido aquí.) Y los otros dónde están?

ALAST. Aguardando tu contestacion.

INGOM. Bueno, bueno, dáles de beber y déjame aquí.

ALAST. Cómo! No nos marchamos?

INGOM. Quiero reflexionarlo hasta mañana.

ALAST. Hasta mañana!

INGOM. Sí, hasta mañana. Yo te lo digo, vete.

ALAST. Creo que has cambiado de parecer y de palabra; apenas te reconozco. Sea, pues que así lo quieres; pero deseo que los rayos del alba despejen tu juicio y tus sentidos.

ESCENA II.

INGOMARO.

Apenas me reconoce... dice bien; pero... qué mucho si yo mismo no me reconozco! Y de qué proviene que yo esté tan alterado? Qué pasa por mí?... Se agita mi pecho de tal manera!... Parece que una fiebre violenta se ha apoderado de todo mi ser y me atormento y me irrito y vago intranquilo sin saber en dónde fijarme. (Corta pausa. Se sienta.) No há mucho con mi lanza atravesé una cabra sobre la misma yerba que comía. Al lado estaba su tierna hijuela sin reparar en la muerte de su madre; y cuando me acerqué para destrozar la débil presa, se me adelantó con confianza y mirándome fijamente con sus inteligentes ojos, tomó la yerba de mi mano: siempre que me acuerdo de aquellos ojos, pienso en la mirada de esa jóven. Ya me da valor... ya me quita la fe... parece como que todo lo domina con

su inocencia y su calma. Siempre es la misma. (*Levantándose con ímpetu.*) Por los dioses, Ingomaro, no tienes otra cosa en qué pensar más que en una niña? en los ojos de una esclava?... (*Se oye una ruda cancion acompañada de armas y gritos confusos.*) Ese ruido me despiérta!... cuán felices son!... El grito de guerra se confunde con su alegría y la embriaguez del banquete les hace soñar en la victoria. En este momento se olvida la idea de la mujer. La traicion de los Alóbrogos excita nuestro coraje. Nuestros padres piden venganza... y la tendrán! Alejaos de mí, pensamientos, que poneis al hombre enfermo. La destruccion de la enemiga gente calmará mi cerebro; en el triunfo buscaré mi curacion! Sí, sí... á mí las armas, á mí la pelea, á mí la iniciativa!! Para qué recuerdo á esa mujer? Sin embargo, me parece un ser diferente de los demas, y si reparo en las nuestras, cubiertas de rudas pieles, quemadas del sol, gozando humildemente de su esclavitud y buscando con vil halago el favor de sus dueños... entónces... Oh, pienso en ella, en la altiva griega... (*Estrépito y gritos.*) Quereis la guerra? Vamos! pero no, si no es verdad... si estoy delirando! si es el eco de mi corazon que me engaña!! Ay!... Me ahogo y no sé cómo combatir el mal que me oprime. Estoy enfermo hasta el fondo de mi alma! (*Se echa sobre la roca.*)

ESCENA III.

DICHO y PARTÉNIA, *que se adelanta sin verlo con un cesto lleno de frutas.*

PART. Ahora estoy segura de que mis padres se lamentan y lloran porque me creen muerta, sepultada, mientras que mi estado es mejor de lo que yo podia imaginar. Hé aquí como el hombre sueña y los dioses deciden. Estas gentes no son tan despiadadas como cuentan. Ingomaro tiene buen corazon. Sin embargo... Hace poco se acercó á mí agitado de una manera tan extraña... pero no le temo!... porque yo sé persuadirle y

porque él es el mejor de todos, aquí está! (Acercándose.)

INGOM. Ah!... eres tú? De dónde vienes?

PART. Vengo del bosque, de coger frutas. Míralas; traigo el canastillo lleno. Si quieres...

INGOM. No, no.

PART. No, no!... Qué amabilidad?... no es más fácil decir... gracias? Esto suena mejor. Gracias! pero no me escuhas? Por qué te fijas tanto en mi? Espero que tú no serás?...

INGOM. Qué quieres tú que yo no sea? vete, quiero estar solo, vete.

PART. Me voy.

INGOM. Cómo!... Me dejas?... No, no, quédate. Tengo mi cabeza tan desordenada!...

PART. Estarás acaso enfermo? qué tienes? He aprendido de mi madre á preparar líquidos saludables y calmaré tu dolencia. Dime lo que tienes.

INGOM. Nada, nada. Parece que tu voz disipa el fuego de la fiebre y calma mi agitacion. Estoy confuso!... se me vuelve el juicio como un torbellino.

PART. Pero ahora, qué sientes?

INGOM. Esa orgía de mis compañeros me hace daño. Me repugna su alegría; me hiere el estrépito de las armas y me ofende el grito guerrero. Mi alma desea el silencio. Sí, sí, desea soñar... soñar!... Oh, me parece que al calor de mi sueño se me acerca más y más lo que yo deseo. (Breve pausa; la mira fijamente.) Parténia!... cuánto daria porque tú fueses mi hermano!

PART. Tu hermano! (Sonriendo.)

INGOM. Cuán feliz sería!... te haría el amigo de mi corazon, mi compañero en la pelea; te serviría como esclavo; seria el guardian de tu sueño; cuando tú estuvieras cansado, te llevaria; tu sonrisa, sería mi alegría, y tu dolor mi desesperacion. Nos confiariamos nuestros pensamientos, los más íntimos secretos del alma y los latidos del corazon. (Acercándose á ella.) Oh, dioses del cielo!...

PART. (Retrocediendo algo.) En qué piensas? qué te preocupa?

INGOM. (Muy lentamente.)

Dos almas en un suspiro...
La vida del corazon!...

PART. Esa es la cancion que me enseñó mi madre.

INGOM. Y esa es la cancion que me persigue sin cesar. Fué un relámpago que disipó la noche...

PART. Pero ahora sueñas?...

INGOM. No dijiste que el amor es un fuego, que una mirada lo enciende y que se alimenta de ensueños? Sí, sí, lo alimentan y elevan su llama hasta lo infinito.

PART. Cómo! Tú dices que el amor...

INGOM. El amor, dice tu madre, es una estrella que conduce al cielo. Si es así, muéstramela, y que su esplendor alumbre nuestro camino.

PART. (Sus ojos brillan, tiembla su voz ..) Oh, dioses!...

INGOM. Deja á los dioses en el Olimpo. Ven! Yo te prefiero á todos los tesoros de la tierra!... Más felices seremos que los dioses, si el amor está con nosotros!... Parténia!... sé mia!

PART. Pero tú deliras?

INGOM. Por las ardientes lágrimas que he derramado; por el fuego que abrasa mi corazon, cólmame de felicidad... sé mia!... lo serás!

PART. (Huyendo.) Déjame, lo mando.

INGOM. Lo serás!...

PART. (Blandiendo el puñal y parándose con la mayor energía.) Primero moriré!!!

INGOM. Cómo! Qué? pero quién me detiene? Su amo no soy yo? no es ella mi esclava? Sus ojos centellean y lanzan rayos de furia! Qué es esto? Oh, es la primera vez que el temor se apodera de mí y me hace bajar la mirada... (Pausa.)

PART. (Dejando caer los brazos.) Pobre de mí!

INGOM. Pobre? Cómo! Te habré asustado? Por fuerza he sido demasiado violento .. Pero está en mi ruda naturaleza... y el amor...

PART. El amor!! Oh, eso no es amor: Yo nunca he amado;

pero siempre soñé que sería muy distinto el hombre que cautivára mi corazon; me lo figuraba de dóciles maneras, de ánimo esforzado y respetuoso para merecerme primero y rendirse despues á mí. Imaginé que ese ardiente amor excitaría el mio, y que esperando en vano, le veria ávido de protegerme, servirme de guia y defensor. Así soñé yo á mi amante, pero quién dirijo mis palabras? Á tí?... á tí?... (*Con el mayor desprecio y alojándose.*)

INGOM. Detente; quédate; me crees indigno de tí?... Recuerda quién soy yo. Soy un jefe poderoso; la fama de mis empresas resuena gloriosa por toda la montaña. Yo soy tu señor, y siendo tú la esclava, deberías agradecer mis favores. Reflexiona bien quién soy yo y quién eres tú.

PART. Quién soy yo? Yo soy Parténia. Hija, es verdad, del pobre armero, pero griega y libre doncella de Masalia; nacida en el culto de los benéficos dioses, bajo el modelo de lo honrado y de lo bello. Pero tú!... tú no eres más que un hijo de la selva, crecido en la yerba, amamantado con sangre, y porque te juzgas el primero de ese pueblo bárbaro y salvaje, imaginas que nos vas á doblegar!... Nosotros... entiéndelo bien, sabemos morir ántes que caer ignominiosamente.

INGOM. Temeraria!...

PART. Y ahora que te he dicho quién soy yo, y quién eres tú... respiro con más libertad.

INGOM. Cómo? tú te atreves?... oh, me ahoga el coraje! Á mí...—pero por los dioses de la noche, sabes, infeliz, cómo amansamos nosotros los esclavos?

PART. Vosotros los domais con las privaciones y los tormentos; y de ese modo esperais fidelidad y amor?... Los esclavos no se cuidan de sus amos; pero temen y odian con toda su alma. Y nadie, sábelo de una vez, ninguna otra aborrece la violencia como yo; y quien conmigo la emplea, me inspira más que odio, me inspira...

INGOM. Ni una palabra más!

PART. Desprecio!

INGOM. (Sacando la espada.) Tu vida espiará el insulto!

PART. (Poniéndose frente á él.) Tómala!

INGOM. (Se le cae la espada.) No... primero la mia! Matarte? Lo quisiera y no puedo!... La rabia inflama mi sangre!... Destrozaría al mundo! á mí mismo! Soy yo Ingomaro? Mis fuerzas, dónde están? Me abandonan... mátame, mátame! (Cae en tierra.)

PART. Dioses clementes! Á mis piés está la espada que amagaba mi cabeza!... Ha caido Ingomaro y apenas tiene conocimiento de sí mismo; pero... qué pasa por mí? De dónde nace esta inquietud que me conmueve?... Oh!... habré estado demasiado dura con él? demasiado soberbia? Qué veo? No, no me engaño... Tú lloras!...

INGOM. Llorar?... Yo?... No, que lloren las mujeres; pero yo... estoy enfermo... enfermo y no otra cosa!... Me desprecio! La gloria de mi pueblo, el terror de mis enemigos... (Breve pausa.) Vete, vete, porque sin tí bien puedo vivir. Crees que no podré?... Vete, parte te digo! eres libre! eres libre... me oyes?... Libre como yo vuelve á tu patria, pero pronto. Aléjate, no tardes! Vete, vete. (Se va por la derecha.)

ESCENA IV.

PARTÉNIA.

Se va alterado! pero era justo refrenar su soberbia ya que tan rudamente me ofendió. Oh, yo le prometo que no volverá á ultrajarme. Sí, sí, me voy; pero... podré dejarle en ese estado? Cómo no agradecer su solicitud? No puedo abandonarle así... no, él deberá volver, le esperaré... cuando yo le haya dado las merecidas gracias, podré partir tranquila. Sentémonos.

ESCENA V.

PARTÉNIA, AMBÍBARO, SAMO y TRINOBANTE.

SAMO. Hasta mañana dice que quiere reflexionar.

AMBIB. Puede dejar mañana para pasado mañana y así andaremos siempre. Perderemos más dias en estos lugares, y entre tanto nuestros hermanos saldrán al encnentro de los Alóbrogos y recogerán primero que nosotros el botin...

TRINOB. Te aseguro que no hemos de seguir así.

AMBIB. Y yo te digo que la causa de todo esto es la griega.

SAMO. Si lo ha trastornado!

PART. Cómo tarda!... Si estará enfermo de veras? La alteracion de su semblante... acaso su vida... Oh! Cómo me late el corazon!

SAMO. Miradla! Está durmiendo.

AMBIB. Y me parece que sueña.

TRINOB. Si se pudiera...

AMBIB. Me llamó tonto y mala facha! Ten cuidado, Ingomaro, que mala facha no se apodere de la presa. Amigos, si la lleváramos de aquí...

TRINOB. Pero cómo? Y á dónde?

AMBIB. Escuchad. He visto una barca anclada cerca de la playa vecina. Son mercaderes de Cartago; vamos á ofrecérsela. Podremos cambiarla por una buena mercancía ó por armas á lo ménos.

TRINOB. Pero Ingomaro...

SAMO. Es su esclava.

AMBIB. La presa es nuestra y aún no se ha dividido.

TRINOB. Tienes razon.

SAMO. Es cierto. Pues sea ahora.

AMBIB. Alerta, pues. (Se acercan y sujetan á Parténia.)

PART. Qué es esto? Qué quereis? dejadme.

SAMO. Silencio!...

PART. Dejadme, traidores!...

TRINOB. Calla, esclava, ó por el trueno...

AMBIB. Llevémosla al bosque.

PART. Socorro, favor, dioses vengadores! Ingomaro, Ingomaro...

ESCENA VI.

INGOMARO, á poco PARTÉNIA.

INGOM. Quién me llama? No fué su voz?

PART. (Dentro.) Ingomaro!

INGOM. Ambíbaro!! Ah! una espada, mi espada. (Cogiéndola del suelo.) Aquí está. La teñiré en su sangre. (Corre adentro. Á poco confuso rumor de voces y espadas. En seguida Parténia en el mayor desórden.)

PART. Dejadme... Qué he visto!... Qué horror!

INGOM. (Siguiéndola.) Detente. Por qué huyes? Soy yo, Ingomaro. Qué pálida estás!... Vacilas? Apóyate en mi brazo.

PART. No, no me toques. Tu mano está teñida de sangre!

INGOM. De la del traidor!... Y que su destino sirva de escarmiento á los demas. Pero... por qué tiemblas? Estarás herida!... Oh!... Á todos haré expiar ese atentado! y seré implacable!... Pulverizados los has de ver á mis piés.

PART. Escucha... siento pasos... el estrépito de las armas!...

INGOM. No temas. Á tu lado estoy yo.

PART. Los oyes?... Déjame... Ya se acercan.

INGOM. Que vengan! Me inspiras un valor sobrehumano; y no hay fuerza sobre la tierra para vencerme.

ESCENA VII.

PARTÉNIA, INGOMARO, ALASTORE, SAMO, NOVIO y OTROS TECTÓSAGOS, armados de lanzas, hachas y espadas.

INGOM. Qué quereis, á quién buscais?...

ALAST. (Despues de una pausa.) Ingomaro, la sangre que derramaste pide venganza. En la punta de tu espada espiró Ambíbaro.

INGOM. Espiró porque cobardemente puso la mano en lo que era mio.

ALAST. No ha sido adjudicada á tí. Á todos pertenece la presa si no se divide.

SAMO. Pillemos á esa mujer!...

TODOS. Atémosla!

INGOM. (Sacando la espada.) Venid todos!

PART. (Alejándose.) Te matarán!...

INGOM. Ponte al lado del leon que se despierta!!!

ALAST. (Interponiéndose.) Deteneos! Oidme, compañeros. (Leve pausa.) Ingomaro, en atencion á tu probado esfuerzo, te escogimos por nuestro jefe y te cedimos la quinta parte del botin para que dirimieras nuestras querellas y te cuidáras del derecho y de las ventajas nuestras. Pero tú te abandonaste al ocio vil, te apoderaste injustamente y con ligereza de esa esclava, y con frenética rabia diste muerte á un compañero. Has roto, pues, nuestro pacto y faltado á nuestra fidelidad.

INGOM. Vosotros sois los que faltais; pues venis en defensa del que robó lo vuestro y lo mio. Justa fué su muerte y hace largo tiempo que la merecia. Sabed que estoy ya cansado de mandar una gente tan desenfrenada como lo sois vosotros. Yo renuncio á mi grado y cargo, y desde ahora manejad vosotros mismos vuestros intereses... pero... por el cielo!... ella quedará para mí. Tomad en cambio el quinto que se me debe. Tomádlo como compensacion de ella, como expiacion por Ambíbaro. Si estais satisfechos decidlo, si no que la espada lo decida.

TRINOB. (Á los demas.) El quinto de la presa?

NOVIO. Lo dice de verdad?

ALAST. Lo toca al ménos el doble de armas.

NOVIO. Pues bien...

TRINOB. Así no tendremos que sufrir tanto... (Breve conferencia.)

ALAST. Está convenido. Sea tuya la esclava. Y si ademas quieres volver al pais, te seguiremos como ántes y con la misma fidelidad.

INGOM. Firme estoy en mi resolucion. Me retiro de vosotros.

Idos, pues, yo aquí me quedo.

ALAST. Pero no piensas en los combates, en la gloria?

INGOM. Sí, ya he pensado.

ALAST. En los peligros, en el botin?...

INGOM. Sí!

ALAST. En la campaña contra los Alóbrogos?

INGOM. En todo he pensado. Dejadme, pues.

ALAST. Sea como quieres. Amigos, recojamos lo nuestrro. Vámonos á nuestro país. (Cogen lo que hay esparcido por la escena y se van.)

ESCENA VIII.

PARTÉNIA, INGOMARO.

INGOM. Alégrate, Parténia. Ya se alejan... Y por el cielo!... á no ser por tu terror, difícilmente escapáran de mis manos. Ahora desecha todo recelo... ven aquí... reposa... tranquilízate.

PART. Ingomaro!... Te doy las gracias.

INGOM. Y por qué me das las gracias?

PART. Sé que has seguido el impulso de tu corazon, y te doy las gracias. Abandonada, fuera de mi patria, encuentro un libertador en estos lugares salvajes. No debo estarte agradecida?... Oh! Ingomaro, no me desdeñes!... Yo siempre te consagraré un dulce recuerdo... y... (Alterada.)

INGOM. Pero qué dices? No me seguirás á mi país?

PART. La libertad me diste. Déjame, pues, que me vuelva á mi patria.

INGOM. Yo? Á tí la libertad?... Tú soñaste.

PART. Cómo!... Quieres volverte atrás de tu palabra?

INGOM. Mi palabra? En verdad... me parece como si yo hubiese... Sí, te dí mi palabra, ve, pues.

PART. Te lo recompensará el cielo. (Alejándose.)

INGOM. Parténia!!... No, no, creo que el dia no va á aparecer más sobre la tierra!! no es posible que tú quieras dejarme.

PART. Los padres esperan á la hija.

INGOM. Ah! sí, márchate; pero... no reparas en los peligros á que te expones? Piensa en la salvaje selva, en los caminos impracticables; en los torrentes impetuosos, en las hambrientas fieras. Cómo quieres irte sola?

PART. Sola vine y sola volveré.

INGOM. No debes hacerlo! No lo permitiré! Te servirá de guia Alastore ó cualquiera otro...

PART. Calla!... Las fieras son preferibles á ellos.

INGOM. Es verdad! Seria como entregar al lobo la guarda del cordero. (Como inspirado.) Te acompañaré yo mismo.

PART. (Con reconcentrada alegría.) Tú?

INGOM. Por qué me miras así?... me juzgas acaso como los otros? Oh, nó, Parténia! Ya no soy lo que fuí. Hasta ahora desconocí el temor y las lágrimas, y una cosa y otra tú me las enseñaste! Créeme! confíate á mí. Juro por los cielos!...

PART. No, no jures. Tu acento me confirma la verdad. Ademas, de qué podría servir un juramento fementido? Porque si tú me mintieses, todo sería engaño sobre la tierra. Acompáñame, pues, y sé mi guia.

INGOM. Consientes? Oh, no te arrepentirás!... Buscaré la sombra más apacible del bosque; el cesped más blando para descansar; removeré toda piedra, apartaré toda espina, y cuando la montaña sea penosa de subir, mi brazo te servirá de apoyo: sostenerte es poco, te llevaré. (Se acerca á ella.)

PART. (Rechazándole graciosamente.) Soy acaso, ó me he vuelto más niña para que quieras llevarme en brazos? Yo sé subir y trepar por los montes, agarrarme á las rocas... no te cuides de mí. Á paso igual, te ganaré; de tu brazo no he de necesitar; me basta que me indiques el camino.

INGOM. Así pues...

PART. Así pues, debes precederme. Al guía le corresponde ir delante.

INGOM. Quieres seguirme?

PART. Y si algun peligro me amenazase?...

INGOM. Lo afrontaré yo!

PART. Tú lo vencerás. Y cuando el camino sea llano, andaremos el uno al lado del otro conversando; y para que tú no vayas con las manos vácias, me llevarás este canastillo con frutas.

INGOM. Cómo!... Yo?...

PART. Sí, tú. No quieres?

INGOM. Yo?... Si, si lo quiero... pero es que... Sí. (Lo toma.)

PART. Y yo te llevaré el escudo y la lanza. (Coge el escudo y la lanza de Ingomaro.)

INGOM. Cómo!... Esa es una carga pesada.

PART. No para mí. Me agradan las lucientes armas aunque no sea más que porque desde que nací las ví forjar á mi padre. Vamos á ver... por qué tardamos?... Camina, no entiendes? Por qué permaneces inmóvil y silencioso?...

INGOM. Me parece un sueño! El camino derecho nos conduce; entre la colina...

PART. Que me preceda mi guía y yo le seguiré. (Pausa. Parténia hace seña con la lanza para que le preceda, é Ingomaro marcha llevando el canastillo.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Selva. Al fondo el mar. Á la izquierda una colina.

ESCENA PRIMERA.

MIRON, ADRASTO, ELPENORE.

MIRON. Ah! Las costumbres de nuestros abuelos! La prosperidad y salud de los ciudadanos!... Estais obligados por fuerza á seguir siempre el mal, como costumbre de nuestros antepasados. Qué vergüenza!... Y sois griegos vosotros?... Y os jactais tanto de vuestra civilizacion? Gente sin alma!... Oh, cuando se trata de halagar algun vicio, vuestro magistrado dice en seguida que se debe hacer... mas si la suerte de una pobre familia depende de él... responde que no es posible!... Qué vergüenza!... Si os digo que es una iniquidad!

ELPEN. Quizás tengas razon para vituperar á Masalia; pero no á nosotros que de buena fe te seguimos dividiendo contigo tus penas y dolores.

ADR. Y si la jóven se adelantó á nosotros, fué para que reflexionaras con calma y juicio.

MIRON. Ella sí que tiene el corazon de un héroe! Decís que habeis compartido mis penas conmigo? Dadme vuestras manos! pero podremos conseguir...

ELPEN. No lo dudes. Ya hemos hablado á los pescadores de la playa; todos son amigos nuestros y odian á esos salvajes por el mucho mal que les causan.

ADR. El amigo Reso me ha prometido ayudarnos con toda su gente... Ahora tratemos de persuadir á los demas.

MIRON. Vamos, sí, salvemos á mi pobre hija!... Su causa es la de todos. No sois padres tambien? Demos una leccion á esos bárbaros y prevendremos mayores desgracias.

ELPEN. Yo entre tanto trataré de ir á la cabaña de Ostore. Le conozco y es vuestro amigo de corazon.

MIRON. Vamos todos juntos. La impaciencia me mata! Pobre hija mia! Vamos, amigos, vamos. (Vánse.)

ESCENA II.

PARTÉNIA, INGOMARO, con su lanza y escudo, por la izquierda.

INGOM. Por aquí, Parténia, este es el camino.

PART. (Dentro.) Creo que te equivocas; debe ser otro el sendero.

INGOM. Piensas que puedo engañarme y extraviar tus pasos? Ven, pues.

PART. (Bajando.) Eres un guía bueno y diestro, y por tanto...

INGOM. El camino es éste. Lo ves? La selva ha desaparecido. Esta es la colina que conduce á la vecina playa.

PART. Es verdad, sí. La sombra del bosque aparece ya ménos densa. Yo quiero reconocer este sitio... No fué aquí donde al abandonar mis lares, me rendí pidiendo ayuda y proteccion á los dioses?

INGOM. Qué te lo hace creer? No, no, es una ilusion! Tu país debe estar más distante.

PART. Te aseguro que fué aquí. (Con febril y creciente alegría.) Ves?... allí el mar... Más allá el templo de Jove... La roca de Masalia... El paterno techo!... Me humillo otra vez, celestes protectores, para daros gracias. Cumplida la mision filial y la vuestra, concededme que me mire en mis padres! (Se levanta.)

INGOM. Quisiera estar ahogado en el polvo, ántes que...

PART. Te saludo, ciudad de mis mayores! La temprana luz de la aurora resplandece en tu templo como una sonrisa divina! merezca yo alcanzar tu gloria... pero tú no hablas? Estás mudo como un niño mientras yo estoy loca de alegría. Sufríste conmigo el ardor del sol, el hielo de la noche, la fatiga del áspero camino y ahora que estamos cerca de la ciudad, tú no gozas!...

INGOM. Gozar yo?... No, no puedo, y por el cielo que aunque pudiera, no lo haria! Ojalá que esa ciudad se sumergiera en el fondo del mar, y en vez de sus floridos campos, no se viera más que desolacion y miseria!

PART. Por qué esa alteracion, Ingomaro?

INGOM. Tú dices que ya tocamos el fin!... si así fuera, yo debería estar sepulto!... Cuando nos hallábamos sólos, bajo la bóveda del cielo y á nuestro alrededor la selva umbría y el silencio, entónces estaba yo contento. Cuando en el inmenso desierto, al ver el peligro, agitada y temerosa buscabas mi amparo... entónces, sí, estaba yo contento! pero... á la vista de esos muros, que lanzan su helada sombra hácia nosotros! que nos recuerdan una separacion... despues de pasados el peligro y la soledad...

PART. (Con un arranque involuntario.) Qué dices? No, no debemos separarnos jamás!... (Volviendo en sí.) Pero es cierto... lo hemos convenido...

INGOM. Ojalá no te hubiera visto nunca!...

PART. Yo tambien lo quisiera! Quisiera que... debemos separarnos.

INGOM. Y á mi esfuerzo te acogiste! Y pude arrebatarte como el milano á la paloma!... pero no, no quise hacerlo. Si lo pensé alguna vez, mi debilidad ha desaparecido. Qué ganaría yo no rindiendo tu corazon? Tú prefieres, lo sé, un hombre apasionado y sincero, que con tierno cuidado se someta á tí, que se persuada de lo que le digas, que te ampare, que te defienda, y que sea tu sosten. Pero yo no he sido todo eso? No he sujetado los impulsos de mi naturaleza y he respetado hasta el ambiente

que respirabas? No te guié por la selva, por los precipicios, é hice frente á todos los obstáculos? y cuando el cielo se encapotaba y la noche tendia su negro manto sobre la tierra, no estuve siempre á tu lado para que nada turbára el sueño que robaba á mi ternura la luz de tus hermosos ojos? No he sido yo tu fiel compañero?

PART. (Tendiéndole la mano con amor.) Sí, has sido mi verdadero, mi fiel y desinteresado protector.

INGOM. Lo reconoces al fin?... Yo mantuve firme mi promesa, y no debes engañar mi fe; no, no podemos separarnos; quédate conmigo; soy respetado de todos los de mi pueblo, y ricas presas nos esperan en mi tienda... Y no tenías hábitos diversos de los tuyos. Nos acostumbraremos. Seguiré el uso de tu país, y libre serás como yo. No obedecerán más que á tu voluntad ó á tus caprichos. Ven conmigo, ven; te lo suplico. Haremos una cabaña á la sombra de nuestro frondoso terreno, rodeada de amigos, próxima al cristalino arroyo, en aquel contorno mágico de aromas y de flores; no vaciles. Ya veo el sitio. Ven conmigo y verás levantada la cabaña!

PART. Ingomaro! tus palabras me conmueven!

INGOM. Entónces por qué dudas? por qué callas? No te fias de mí?... Por el eterno cielo que te digo la verdad! Yo me acercaré á tí con tan profundo respeto como aquel dia que tus manos tejieron la guirnalda. Lo que tú pienses, yo lo adivinaré en tus ojos; apenas desees una cosa la verás satisfecha; cuánto la selva ofrece, cuánto los dioses hacen brillar de majestuoso sobre la tierra será tuyo. No llegará nave alguna á nuestra playa que no traiga un regalo ostentoso para saciar tu ambicion. Todo aquello que pueda crear la industria humana, tú lo obtendrás; te haré rica, poderosa, honrada, idolatrada... No sé, no sé! me faltan palabras... pero... no te alejes de mí, no, no, no te alejes de mí!...

PART. Cesa por piedad!...

INGOM. No quieres?

PART. Escucha.

INGOM. No me crees?

PART. Ingomaro!... tienes un alma generosa y elevada! Serias el orgullo de una mujer; la envidia y el escarnio desaparecerian al temple de tu valor. Entre nosotros no habria quien te igualase, si la fuerza sola no fuera tu apoyo, la espada el argumento, y no te fueran extrañas la justicia, el órden y la ley.

INGOM. Prosigue.

PART. Son desiguales los dones que los dioses nos conceden. Ellos prodigan á unos la riqueza y á otros la afliccion y la orfandad; pero con el amor nos hacen iguales, pues en los corazones se encuentra un punto luminoso que nos guia en todas las tempestades de la vida. Y esto dulcifica nuestro carácter, y esto nos hace respetar y guardar cariñosamente la ley y la costumbre. La ley comun, la dulce costumbre debe unir á aquellos á quienes atrae el amor, en un pueblo donde la estimacion purifica y conserva el ardor de la juventud. Y hé aquí, Ingomaro, lo que se opone á nosotros... un abismo insondable... yo soy griega... y tú... tectósago!

INGOM. Tectósago... Expresa francamente tu pensamiento. Por qué no dices, desalmado, ladron... bárbaro, en fin?...

PART. Ingomaro!

INGOM. Así piensas; lo sé; retengo bien tus palabras. Tienes vergüenza de mí!... sí, es eso y quieres irte... separémonos.:.. para siempre. (Va á marcharse.)

PART. Detente!... No puedo dejarte sin un recuerdo mio.

INGOM. Qué importa?

PART. (Dándole el puñal.) Toma!...

INGOM. (Asiéndolo con violencia.) Tu puñal!... Es para que recuerde que en mi delirio alcé la mano contra tí?...

PART. Para que recuerdes cómo de dia y de noche fuiste mi compañero y mi guia por soledades incultas, sin que yo tuviera necesidad de hacer uso de él. Acuérdate de eso y vete!... (Ingomaro se detiene, vacila y sale precipitadamente.)

PART. Eternos dioses! me abandona! Cómo puede hacerlo?.. Bien, vaya en buen hora... Sabré soportarlo! Pero él... no ha debido detenerse?... Deber! palabra sorda como la tumba!... Oh! hace un instante la naturaleza entera me sonreía y ahora... parece que el sol se oculta tras de las nubes... las flores pierden su brillo... creo que la primavera ha desaparecido y un árido desierto se presenta ante mis ojos.—Ah! cuán ingrata soy! No me esperan mis padres? La patria, mis buenas compañeras no me excitan á volver?... Ya veo á todos acogerme con alegría... los amigos... pero tambien veo á Polidoro, aquel rico y cruel pretendiente mío... Oh! me asalta la fiebre cuando su odiosa imágen se pone ante mi vista. Con qué desdeñoso desprecio oyó mis súplicas y cómo conmovieron al hijo de la selva!... Ingomaro!... Si yo le hubiese dicho: Protégeme... salva el tesoro de mi honra!... Al fondo del averno se hubiera precipitado para devolvérmela! Ah!... su corazon era grande y bello como la selva. (Aparece Ingomaro lentamente.)

ESCENA III.

DICHA, INGOMARO.

INGOM. Parténia!...

PART. Tú? Cómo has vuelto?

INCOM. Oye: lo he reflexionado mejor! No es de mí de quien tú tienes vergüenza; es de mis costumbres; y si no he nacido griego, soy hombre al cabo; y un hombre de mi temple es considerado de los dioses lo mismo que tú y que los tuyos. Alguna cosa debo valer. Parténia, es verdad que no te avergüenzas de mí?...

EART. Avergonzarme de tí!!...

INGOM. Así lo creí ántes, y por eso volví la espalda con altanería. Qué quieres?... Obedecí por última vez á la costumbre de nuestra montaña, costumbre que nos hace crecer cubiertos de pieles sin apercibirnos de ello.

PART. Qué quieres decír?...

INGOM. Que el sentimiento es el que hace al hombre y no el vestido! Y si éste me pesa ya demasido, por qué lo he de llevar?... Mi corazon no ha de latir de un modo distinto que el de los otros. Por eso, á las puertas de la ciudad, me despojaré de las costumbres de mi pais y... me haré griego!

PART. Qué escucho!... tú seguirme?... Para tanta alegría es pequeño mi corazon!... Quieres seguirme á Masalia?... y allí buscarás hospedaje...

INGOM. Hospedaje?... Y para qué?... (Apareee Miron como ha blando con álguien de fuera.) Pediré al primero que encuentre un pedazo de pan, como á este que llega... y es griego.

PART. Pero dioses eternos, en una sola hora quereis colmarme de tantos beneficios?... Es él!... Padre mio!!...

ESCENA IV.

PARTÉNIA, INGOMARO, MIRON.

MIRON. Hija mia... Parténia!... tú aquí?... Estás libre?... no es esto un sueño? Pero cómo, quién te ha conducido á mis brazos?... Y yo que preparaba la destruccion de nuestros enemigos!... (Viendo á Ingomaro.) Qué veo?... uno!... Él!!... Adrasto!... Elpenore!...

PART. No temas, padre mio!... Ese es Ingomaro, ese es el que ha dado libertad á tu hija y la conduce á tus brazos.

MIRON. Él?... Dices tú que fué él?... Y viene solo?...

PART. Solo viene conmigo, y suplicando lo que tiene derecho á que se le conceda. Sé bueno con él, como él lo ha sido para conmigo. Óyele.

MIRON. Solo viene ahora?... Ménos mal... Seas bien venido a suelo de Masalia. No esperaba verte tan pronto.

INGOM. Ni yo á tí, pero así ha sucedido... Parténia, oye mi súplica delante de tu padre. Quieres tú ser mi amigo y mi maestro? Tender la mano á quien será tu protector? Acógerme bajo tu techo y enseñarme tus costumbres, hacerme griego, en fin, entre vosotros los grie-

gos? Hé aquí lo que pido. Me lo concedes?

MIRON. Qué!... Cómo... qué dices?... Acogerte bajo mi techo? entrar en el país...

INGOM. Será mi patria y siempre grata para mí. Conque respóndeme, qué has decidido? (*A Parténia.*)

PART. Padre mio!...

MIRON. Bien sé que te debo estar agradecido, pero reflexiona que yo soy un pobre armero, y en mi casa un huésped ha de compartir con nosotros las privaciones y casi la pobreza; adaptarse al trabajo, al sosten de la familia.

INGOM. Me adaptaré.

MIRON. Entónces, en primer lugar, tienes que despojarte de esas rudas pieles.

INGOM. Me despojaré.

MIRON. Deberás cortarte la barba y los cabellos.

INGOM. Cortar el honor del rostro? El emblema de la fuerza? Entre nosotros lo dejamos libremente crecer porque libremente nace... pero es cierto!... entre vosotros... me los cortaré!

MIRON. Está bien; mas no vuelvo de mi sorpresa! Hace poco eras más fogoso que un caballo indómito y ahora... siendo así tambien te enseñaré á fabricar las hojas para las espadas.

INGOM. Convenidos! Oh! Al fabricar una espada se debe experimentar el mismo placer que al manejarla.

MIRON. Manejarla! No; aquí no se maneja ninguna. Somos un pueblo tranquilo y queremos la paz, y por eso sería mejor que tú empezases por entregarme la tuya.

INGOM. Mi espada!

MIRON. Seguramente. Está prohibido en Masalia, bajo penas severas, llevar armas. La guardaré yo.

INGOM. Yo darte mi espada? La herencia de mi padre! Esta espada que me procura la fuerza, la defensa y la victoria!... yo darte este hierro!

MIRON. Parténia!

INGOM. Primero daré la sangre de mis venas. Mi espada y yo somos una misma cosa. Que vengan á quitármela. (*Saca*

la espada.)

PART. Por qué disputais?

MIRON. Tú sabes que con armas no se puede entrar en Masalia y se niega á confiarme su espada.

PART. Pero quien desea el fin no ha de reparar en los medios, no es cierto?... (Se aproxima á Ingomaro, tiende la mano, coje la espada y se la da á su padre.) Consérvala cuidadosamente, padre mio. Y ahora, marchemos.

MIRON. Á ella la obedece!... Esto me maravilla más que un milagro.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ADRASTO, ELPENORE, por el fondo y con rapidez.

ELPEN. Vamos, Miron, todo está dispuesto.

ADR. Ven... Pero qué veo?...

ELPEN. Parténia!...

MIRON. (Corriendo á ellos.) Callad.

ADR. Pero cómo?

ELPEN. Es posible?

MIRON. Oid!...

ADRASTO y ELPENORE. Qué es esto?

MIRON. Oid. (Forman grupo en el foro y Miron les habla con interés.)

INGOM. Parténia, estás satisfecha?...

PART. Ah; Ingomaro... Queria ocultarte... debia hacerlo... pero con tantas pruebas... no, no, me rindo admirada de tu valor. Soy tu esposa. (Arrojándose en sus brazos.) Tuya por toda la vida.

INGOM. Tú me amas? Tú en mis brazos?... Gracias, dioses!!!... (En el colmo del delirio.) Dos ramas de un mismo árbol seremos que se elevarán hasta el cielo en lazo indisolubles! felices repetiremos siempre...

PART. Somos prodigios de amor!

INGOM. Dos almas en un suspiro!

PART. Con un sólo corazon!...

FIN DEL DRAMA.

Adicion al Catálogo de E TEATRO, de 1.° de Octubre de 1872.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.	Actos.	Prop. que corresponde
Cada mochuelo á su olivo	1	Todo.
Los locos de Leganés....	1	Id.
Al que se hace de miel.	1	Id.
Pobres y ricos........	1	Id.
Triunfo de la esperanza	2	Id.
El esclavo...........	3	Id.
El baile de la condesa	3	Id.
El haz de leña.......	5	Id.
El wals de Venzano...	3	Id.
Lazos de la niñez.....	1	Música
La niñera...........	1	Id.
El cólera morbo......	2	L. y M.
La firma en blanco....	2	L. y M.
El tributo de las cien doncellas...........	3	Libro.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.	Actos.	Prop. que corresponde
Un hombre que ha quemado á su mujer............	1	Todo.
Desde el tendido..........	1	Id.
Un secreto entre mujeres...	1	Id.
Necesito un hombre.......	1	Id.
Un yerno á pedir de boca..	1	Id.
Por falta de abrigo........	1	Id.
Satanás II..............	2	Libro.
Las cien doncellas.........	3	Todo.
Guillermina.............	1	Libro.
Sueños de oro............	3	Id.
El bautizo.............	1	Id.
El hijo de las selvas........	4	Id.
Aurora.................	4	Id.

Ha dejado de pertenecer á esta galería el *Libro* de la zarzuela en 3 actos titulada *El atrevo en la córte.*

Precio: 8 reales.